Una ventana a la carretera

Victoriano Crémer

Existe una cierta dificultad para el tratamiento crítico, o para el simple comentario cuando un libro se presenta al «curioso lector» precedido de un prólogo. Por lo general, y salvo muy caracterizadas excepciones, el prologuista conoce perfectamente, no ya solemnemente al autor del libro, sino, lo que es más desconsolador para quienes han de acudir pues a la cita crítica, su obra anterior, sus antecedentes, y por lo tanto, su estilo, sus cualidades, sus características más sobresalientes como narrador. Porque, entonces, el anotador tardío, se expone a dos riesgos evidentes: a reflejar, por coincidencia, los juicios que le cedieron, o a meterse, por evitar el peligro, en vericuetos críticos de los que no sabe cómo salir.

Tal es el caso de este libro nuevo, con el que Antonio Pereira, el poeta de «El Regreso» y «Del monte y los caminos», se presenta como escritor en prosa. Otro villafranquino, Ramón Carnicer, en unas pocas páginas prologables, esclarece totalmente la personalidad literaria de Antonio Pereira, su paisano, y penetra con muy singular fortuna en la veta riquísima de este haz de relatos, arrancando y poniendo al descubierto matices que le componen. Así, a la par que pone de manifiesto su entraña poética, subraya los orígenes de esa gracia natural, de esa fluida ironía, de esa especial zumba o trastienda berciana que le caracterizan.

Suele acontecer que cuando el poeta intenta la aventura en prosa, ésta se resienta -o se categorice- de la fusión. El cuento, que es un género difícil, precisamente porque a su más directa expresión se han de sacrificar los arrequives a que la poesía empuja, no se somete a otro mandato que no sea el de su escueto y penetrante mensaje, y cuando, por insoslayable influencia poética la línea se quiebra o se derrama en elucubraciones trascendentes, la prosa aparece como forzada, como desnaturalizada, Ello no quiere decir que no existan magníficos modelos de cuentos poéticos; solamente queremos apuntar que la poesía ha de estar en el cuento soterrada, palpitante si se quiere, pero sin sobreponerse, sin obligar.

Antonio Pereira por un extraño y ejemplar fenómeno de desdoblamiento, ha logrado el milagro de mantener viva la poesía sin perjudicar la prosa, sino por el contrario dotando a ésta de una mayor capacidad de expresión de una más fina sensibilidad, de una penetración superior. Fluidamente natural, como quien cuenta a los demás, a viva voz, perfectamente dominada, los pequeños sucesos que a su alrededor se promueven. Antonio Pereira ha seleccionado una serie de episodios, de sentimientos

concretados en figuras vivas, de experiencias que han dejado en su alma un poso apacible o removedor, y con todo ello ha compuesto un libro vital, en el que ha huido del énfasis como del diablo; un libro de cosas, de seres humanos, de pequeñas aventuras; en suma, el amable y al mismo tiempo importante libro de la vida que transcurre al pie de la ventana abierta a la carretera, a los caminos del mundo. Esta disposición por los humildes caminos que él domina, está ya patente en su poesía («Del monte y los caminos») pero en este libro de cuentos, de magníficos cuentos, el paso fugitivo está captado con la finísima ironía, con la regocijada y al mismo tiempo tierna visión del escritor que quiere dar testimonio, sin alterar el tono de algo que cree que realmente merece la pena ser contado.

Es una delicia seguir, con la lectura de estos relatos de Antonio Pereira, el curso de estos ríos humanos que van a dar a la mar del morir que son los personajes agudísimamente captados y maravillosamente descritos: Desiderio, el criado del convento; Rabanillos el mañoso del pueblo; la aventura enternecedora de Beltrán, el chófer; y, por no citar todos los tipos que se insertan en el friso humano del libro, ese conjunto extraordinario de crapulosos socios de Casino de pueblo, en cuya mención aparece alguna vez, muy tenuemente y extraordinariamente reelaborada la fórmula narrativa de Camilo José Cela, pero con ternura, con piedad, con amor.